



Question

Periodismo / Comunicación
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Internacional



Cómo escaparse de uno mismo. (acerca de El periodista deportivo, de Richard Ford)

Juan Pablo Zangara

Question/Cuestión, Nro.67, Vol.2, diciembre 2020

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom - FPyCS - UNLP.

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e453>

**Cómo escaparse de uno mismo
(acerca de *El periodista deportivo*, de Richard Ford)**

**How to get away from yourself
(about *The Sportswriter*, by Richard Ford)**

Juan Pablo Zangara

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

Argentina

zangarajp@yahoo.com.ar

<http://orcid.org/0000-0001-9643-2796>

Resumen

¿Es acaso el periodismo deportivo una continuación de la literatura por otros medios? A juzgar por la historia de Frank Bascombe, protagonista y narrador de la novela de Richard Ford, la prensa deportiva puede significar el abandono de la literatura. También puede resultar una profesión ideal para escapar de las situaciones traumáticas, evitar el encuentro real con otros y esquivar las verdaderas experiencias.

Palabras clave

Periodismo deportivo; deportes; literatura.

Abstract

Is it maybe sports journalism a sort of continuance of literature by other means? Judging by the story of Frank Bascombe, main character and storyteller of the novel by Richard Ford, sports news could mean the abandonment of literature. It also could be the ideal profession to escape from traumatic situations, to avoid the actual meeting with others and to sidestep true experiences.

Keywords

Sports journalism; sports; literature.

“Me llamo Frank Bascombe y soy periodista deportivo”: de lo primero no hay dudas, el narrador que así se presenta se gana la vida como reportero en una revista neoyorquina de deportes. Pero, a poco de andar con él, nos enteramos

de que no es, sino que se *ha convertido* en uno más del gremio. No ha seguido una vocación temprana; un día, simplemente, se ha sentido cómodo aceptando la profesión, que le facilitó escabullirse de las vueltas del destino. Hemos de preguntarnos si no estamos ante un caso de lo que Jean-Paul Sartre llamaba *mauvaise foi*, la no autenticidad.

Imaginen un joven escritor que alcanza una promisorio notoriedad con su primera novela, *Melancólico otoño* (él, que no parece permitirse la melancolía), y que así conoce a su futura esposa, X, de rica familia, modelo y jugadora de golf. Se establecen en Nueva Jersey, donde nacen tres hijos. Éste era Bascombe hasta que la inspiración literaria se esfumó y, sin saber por qué (son sus palabras), dejó de escribir. Guardó y abandonó en un cajón la novela en que trabajaba. En ese preciso momento recibió el ofrecimiento de sumarse a la prensa deportiva. La (engañosa) indiferencia con que cuenta esta decisión es de la misma madera que su empeño en rodear el agujero negro en torno del cual gira la narración: la muerte de su primer hijo, a la que siguió el divorcio de X, enterada de sus infidelidades. En boca de él, estas fracturas parecen haberle ocurrido a otra persona.

En sus vínculos sociales, en sus relaciones afectivas, el protagonista despliega una distancia que por momentos vira en cinismo. Está a gusto con su novia, pero no está dispuesto a involucrarse verdaderamente; si viajan juntos es porque le espera un reportaje. No le interesa la desgracia de un ex futbolista como persona, sino la oportunidad de “una historia cojonuda” para la revista. Es miembro de un Club de Divorciados, pero apenas participa con una educada y superficial sociabilidad; cuando otro miembro se acerque a él para confiarle un secreto que lo abruma (cuando le busque insistentemente para compartir una experiencia), procurará evitarlo.

Del fracaso al resentimiento

Cabe preguntar al protagonista si la crónica de deportes es la continuación de la literatura por otros medios o bien lo opuesto a la literatura. Si atendemos a los juicios que desliza aquí y allá, el contraste le sirve para desacreditar ambos polos por igual.

¿Por qué dejé de escribir? Olvidemos por un momento que dejé de escribir para convertirme en periodista deportivo. Un periodista deportivo se parece más a un empresario o al representante de una nueva línea de productos para el hogar que a un auténtico escritor (...). Este oficio es muy poco creativo, incluso para el típico reportero de la actualidad (...). Después de todo, la verdadera literatura es algo mucho más complejo y enigmático que la literatura deportiva. Ahora bien, nadie me oirá decir una sola palabra contra el periodismo deportivo, pues prefiero dedicarme a eso que a ninguna otra cosa (Ford 2016, p. 50).

La confesión es elocuente: para convertirse en periodista deportivo *dejó de escribir*. En este “oficio muy poco creativo”, la escritura no cuenta. No parece que resulte una continuación de la literatura, ni siquiera un sucedáneo; más bien, su némesis. La oportunidad enteramente fortuita en el campo de la prensa deportiva ha sido, para Frank Bascombe, una inmejorable excusa para escapar de su fracaso literario, aunque reniegue en asumirlo. Sin embargo, a cada paso vuelve sobre la comparación:

Con tantas cosas como suceden en el mundo resulta difícil juzgar qué es y qué no es esencial (...). Ésta es otra razón por la que dejé la verdadera literatura y acepté un trabajo en el seguro negocio de los deportes. Yo no tenía ni idea de cómo era el mundo, y no me atrevía a arriesgarme especulando. Y todavía no me atrevo. Lo único que podría decir (...) es que todos lo contemplamos desde algún punto, de una forma práctica y esperanzada. Y para la literatura eso no basta, aunque tampoco me preocupa (*ídem*, p. 60).

El contraste es explícito: “la verdadera literatura” versus “el seguro negocio de los deportes”. Pero quizá este narrador escurridizo esté escapando de algo más que una decepción. El lugar de la literatura es el de las preguntas incómodas (qué es esencial y qué no, cómo es el mundo, atreverse, arriesgarse), los interrogantes que acompañan a la experiencia, al compromiso (con otras personas, con el mundo: otra olvidada molestia sartreana). Sólo una experiencia puede abrirse a una significación trascendente. Por supuesto, es algo “mucho más complejo y enigmático” que los temas habituales de la “literatura deportiva”.

Si hay otra cosa que se pueda aprender del periodismo deportivo es que en la vida no hay nada trascendente. Las cosas siempre vienen y se van, y eso es ley de vida. Todo lo demás es una mentira de la literatura y por eso fracasé como profesor y por eso metí mi novela en el cajón y no volví a sacarla (*ídem*, p. 23).

Para decirlo sin vueltas, Bascombe se ha evadido de la literatura porque se ha evadido (porque insiste en evadirse) de cualquier auténtica experiencia. Sus

actitudes y expresiones cínicas son una muestra del desapego existencial del que se ufana. Para alguien así, “no hay nada trascendente” en la vida. Aquí resultan cruciales dos encuentros, con su colega del Club de los Divorciados y con un famoso ex futbolista a quien visita para una entrevista. Walter Lockett necesita confiarle un acontecimiento que le ha atravesado por completo, que necesita llevar a la palabra y el diálogo. El periodista deportivo no quiere saber nada. Habiendo quedado en silla de ruedas, Herb Wallagher pasea su indignación y odio contra el deporte profesional en un alejado barrio residencial. La situación incómoda sobremanera a Bascombe: “En cualquier caso, yo siempre me encuentro más cómodo cuando sé dónde está la salida. Aquí hay algo que evitar y yo intento evitarlo” (*ídem*, pp. 175-176).

En el reflejo que le devuelve la historia de Wallagher (como con Lockett, un espejo en el que no quiere mirarse), el narrador reconoce, no obstante, aquello que le falta: “elpreciado don de un Dios complejo”, la asombrosa entrega absoluta de la que es capaz un deportista auténtico; aquello que Hans Gumbrecht (2006) ha llamado la “intensidad de la concentración” en el aquí y ahora de la performance deportiva. Habría que relativizar el juicio sobre la “irrelevancia” del deporte; frente a la experiencia real que puede plasmarse allí, lo “intrascendente” resultaría el periodismo deportivo. Para este renegado, otro modo de tomar distancia. Otra manera de escaparse.

El postergado trabajo del duelo

La del periodismo deportivo puede parecer una “vocación tardía” (así dice él), nacida quizás no de una inspiración evasiva sino cierto hartazgo de la literatura, incluso cierta decepción. Asomaba en un pasaje citado, cuando el narrador reconocía que contemplar el mundo “de una forma práctica y

esperanzada” no era suficiente para la literatura, aunque no le preocupaba. La escritura literaria se le reveló como una “falsa vocación”; la “mentira de la literatura” parece haberle pesado demasiado. En las situaciones relevantes, dice, es engañoso suponer que se pueda “compartir una emoción”, ser conscientes y aferrarla: “Si la misión de la literatura es contar la verdad de esos momentos, en mi opinión suele fallar y es culpa del escritor, por caer en tales convenciones” (*ídem*, p. 131).

Semejante descreimiento (que suena a resentimiento hacia el mundo de las letras) no resulta del todo convincente, pues detrás de la distancia irónica hay algo más; la novela que ha guardado en un cajón, al igual que la separación de su mujer, permanecen como astillas y muerden su conciencia repetidamente. Pese al engañoso desapego en el tono, algunas sentencias nos dan una pista: “Escribir de deportes es la mejor forma de mitigar el dolor vital de anticiparse a las cosas, ese dolor del que sólo se libran los maestros del zen y las víctimas del coma” (*ídem*, p. 52); “Los deportes son una buena distracción en la vida cuando todo se vuelve melancólico” (*ídem*, p. 201); “Si de todo esto se concluye que el periodismo deportivo es un trabajo superficial, es porque lo es. Y no por eso es una mala profesión, ni mucho menos” (*ídem*, p. 74). ¿De dónde nace esa melancolía, y por qué la necesidad de escapar de ella con un oficio “superficial”?

Esta “vocación tardía” es el recurso con el que Frank Bascombe se ha mantenido alejado del verdadero punto de quiebre de su vida, la muerte absurda de su primer hijo, Ralph. Podrá ensayar toda suerte de reflexiones sobre la importancia (o no) de las cosas; podrá deslizar toda clase de comentarios sarcásticos sobre el deporte o las letras; podrá jugar este o aquel semblante en sus relaciones afectivas o sus vínculos sociales; podrá ufanarse

de su talento para escribir sobre deportes; pero no son más que distracciones para escapar a la fuente de la melancolía, a la que sin embargo rodea sin cesar, como una luz extinguida que se resiste a ser absorbida por un agujero negro.

De nada sirve escaparse de uno mismo: puede que, así como esta narración quizá consiga al fin y al cabo lo que –según él– no consiguió la literatura, así como esta novela quizá sea una continuación de la literatura (y un abandono de la literatura, con todas las resonancias de la frase), acaso el ejercicio del periodismo deportivo no haya sido para él otra cosa que un postergado trabajo de duelo por la muerte de Ralph. Un prolongado y hasta renuente trabajo de duelo, que ha tomado la forma de una divertida deriva sobre las peripecias de un escritor, la excusa de una divagación sobre los deportes: “Porque, al fin y al cabo, una cosa es escribir de deportes y otra cosa muy distinta es vivir la vida” (*ídem*, p. 225).

Referencias bibliográficas

Ford, Richard (2016). *El periodista deportivo*. Barcelona: Anagrama.

Gumbrecht, Hans U. (2006). *Elogio de la belleza atlética*. Barcelona: Katz.